DOS CENAS

—Hoy es un día muy señalado y una noche en que no se debe cenar solo—dijo Rosálbez el banquero a su amigo el joven conde de Planelles, a quien encontró *casualmente* en su misma calle, casi frente al suntuoso palacio. Usted es soltero, no tendrá quizá comprometida la cena... Si quiere hacernos el obsequio de aceptar... a las ocho en punto... Yo apenas cenaré, me siento malucho del estómago; usted despachará mi parte...

—Mil gracias y aceptado — respondió cordialmente el conde.—Pensaba cenar con unos cuantos en el Nuevo Club. Les aviso y en paz... Aunque casi no era necesario avisarles: al no verme allí...

—¡Perfectamente! Hasta luego—murmuró Rosálbez saltando a su berlinita que le aguardaba, para llevarle, como todos los días, a una plazuela, y de allí a pie a cierta casa, hasta la cual no le convenía que llegase el coche. Era el

secreto de Polichinela, como dicen nuestros vecinos los franceses; nadie ignoraba en Madrid que Rosálbez protegía a aquella rasgada moza, Lucía *la Cordobesa,* de tanta gracia y garabato, y que el entretenimiento le salía carísimo, el que lo tiene lo gasta.

Ha de saberse que Rosálbez el opulento había llegado a los cincuenta y seis años y empezaba a cambiar sensiblemente de genio y de gusto. En otro tiempo no necesitaba la nota afectuosa en sus relaciones con mujeres: sólo exigía que le divirtiesen un instante. Ahora, sin duda, el desgaste físico de la edad reblandecía sus entrañas, y lo que buscaba era agrado tranquilo, el halago suave de un mimo filial. Su hija verdadera, Fanny, le demostraba un respeto helado, una obediencia pasiva y mecánica, y Rosálbez aspiraba a encontrar en *la Cordobesa* espontaneidad, calor amoroso, algo distinto, algo que removiese cenizas y alzase suaves llamas. Con esta esperanza y este deseo, llamaba a su puerta el día de Navidad.

Lucía estaba en su tocador. Vestía una bata de franela rosa. La doncella, que le recogía con ancho peine la magnífica mata de pelo ondulado, de un negro de azabache, al ver entrar al protector retiróse discretamente.

La Cordobesa sonrió; Rosálbez la tomó una mano, y acariciando con reiterados pases la piel de raso moreno y los torneados dedos, la interpeló así:

—¿Conque cenamos juntos esta noche, nena? ¿Conque tú misma irás a la cocina y dirigirás

la sopa de almendra y la compotita con rajas, al uso de tu país?

Lucía entornó un instante los párpados pesados y sedosos, y su boca pálida, en la cual refulgían los dientes como trozos de cuajado vidrio frío y blanco, hizo un gesto de mal humor.

—¡Ay, hijo! ¡Pero, qué caprichos gastas, vaya por San *Rafaé!* ¿Te lo he de decir cantando o *resando?* Ya sabes que está en Madrid mi prima la de Écija, y quiere que la acompañe a la misa *el* Gallo, a media noche. Si te conformas con cenar a las ocho y largarte a las once en punto..., santo y bueno; después... tengo compromiso.

Rosálbez se soliviantó; se inyectó de sangre su cráneo calvo.

—¡Compromiso! ¡Me gusta! ¿Y qué compromiso es más que yo para ti? A las ocho se cena en mi casa; tal noche como hoy no he de dejar a mi hija sola, y menos teniendo convidados.

—¡Hola! ¡Convidados! ¿Quién?

—Gente que no conoces. Los Ruidencinas, Mario Lirio, el conde de Planelles...

Lucía se echó a reir. Su carcajada era vulgar (nada como el eco de la risa delata la extracción, la educación y la calidad del alma).

—¿De qué te ríes?—exclamó el banquero impaciente.

—De ti—respondió ella con cinismo.—¡Mira tú que *empeñate* en que no conozco a esos! Conozco yo a *to* el mundo.

Aquella risa insolente y mofadora, que con-

tinuaba, le hacía daño a Rosálbez. Hubiese pagado a buen precio una luz de melancolía en los grandes ojos árabes de *la Cordobesa,* un aire de mansedumbre en su morena faz.

—¿Me das de cenar o no?—insistió secamente, sintiendo en las manos como unas cosquillas, impulso de tratar con brutalidad a la reidora.

—A las *dose*... ni que te lo imagines, criatura—declaró ella con la misma desdeñosa inflexibilidad.

—Bien, hija—exclamó Rosálbez con laconismo, levantándose y encaminándose hacia la puerta.

A medio pasillo sintió detrás de sí las pisadas y la voz de Lucía, que le llamaba bromeando; pero en vez de volverse, apretó el paso, tiró vivamente del resbalón de la puerta y bajó las escaleras a escape. Al verse en la plazuela, recordó que había despedido su coche, y echó a andar a pie, para calmar su agitación nerviosa. Claridad repentina alumbraba su mente; comprendía lo que estaba sucediendo. Era, sin ambajes, que se encontraba enamorado de Lucía, de *la Cordobesa* agitanada e indómita. Hasta entonces la había mirado como un mueble o un objeto de lujo: indiferencia absoluta. Pero la crisis de su madurez, ablandándole el corazón, hacía germinar en él un sentimiento desconocido. Al acercarse la noche inmortal, consagrada al amor puro, en que se desea reclinar la frente sobre el pecho de un ser amado, Rosálbez soñaba que ese pecho sería el de *la Cordobesa,* y las proporciones de

su pena ante el desengaño le daban la medida exacta de su ilusión.

—¡Después de lo que hice por ella!—pensaba el banquero.—La he sacado de la abyección y de la miseria; me debe hasta el aire que respira. La he tratado mejor que a *nadie;* la he rodeado de bienestar y de lujo; la he guardado incluso consideraciones... La quiero, la idolatro... ¡Ingrata!

La idea de la ingratitud de Lucía causó a Rosálbez una especie de enternecimiento; sintió lástima de sí mismo; se tuvo por muy desventurado. A aquella hora de su vida, ante la vejez amenazadora, con la caja bien repleta y el alma completamente árida y oscura, Rosálbez lo que echaba de menos, para tapar el negro agujero, era *cariño.* Su mujer fué una dura vascongada, una rígida ama de llaves, una secatona administradora, que no pensaba sino en cooperar dentro de casa, por medio de una economía estricta, a las brillantes especulaciones del marido. Cuando murió, Rosálbez notó su falta en que le robaron los cocineros y subió bastante el gasto diario. Y Fanny, la única hija, algo inclinada a la devoción, seria y callada por naturaleza, tampoco tenía para su padre halagos. Hasta se diría que le miraba como a un amo que manda, un superior, con quien no existe comunicación afectiva. Actualmente, la absorbían del todo sus amoríos con el conde de Planelles, no formalizados aún. Rosálbez lo sabía; y en el súbito acceso de bondad que le había acometido, en el deseo de ver algún rostro

que le sonriese, al volver a casa se apresuró a entrar en el saloncito de Fanny y darle la noticia de que estaba invitado Planelles a cenar. Equivalía a decir: "Autorizo tus relaciones; ya tienes oficialmente novio."

Fanny, al recibir la nueva, se puso roja como una cereza, tembló, pero sólo respondió:

—Está bien...

Rosálbez fantaseaba otra cosa; que le saltasen al cuello, que le abrazasen estrechamente. Acababa de traslucir una solución para su vida: unirse a su hija, crearse un hogar en el suyo, adorar y mimar a los nietos que enviase Dios. Ya veía una larga serie de Navidades futuras, de gozosas cenas de familia, con Arbol cargado de juguetes, con sorpresitas retozonas y babosas del abuelo. Creía sentir sobre sus rodillas el peso del "mayorcito" y en las barbas la sobadura de las manos tibias de "la pequeña". ¡Ah, sí; aquello era lo bueno, lo honrado, lo digno, lo que debía hacerse! Y conmovido, se acercó a Fanny y besó su frente marmórea, bebiendo ansioso la nitidez virginal de la fresca piel.

Espléndida fué la cena, servida a las ocho en punto. En nada se pareció a la que pretendía Rosálbez organizar en casa de *la Cordobesa*: ni hubo sopa de almendra, ni besugo con ruedas de limón, ni compotita con rajas de canela. —Esos platos clásicos, familiares, no suelen dignarse presentarlos los cocineros de miles de pesetas de sueldo. Esos platos son mesocráticos.—En cambio, desfilaron por la mesa del banquero los peces y mariscos más suculentos,

aderezados al genuino estilo francés, y regados con vinos añejos, raros y preciosos. El triunfo del cocinero fué un fingido jamón en dulce hecho de pescado prensado (no se podía infringir el precepto de la vigilia), que engañaba, no sólo a la vista, sino al paladar. Fanny, sentada a la derecha del que ya consideraba su prometido, en la penumbra del centro de mesa formado de lilas blancas forzadas en estufa y tallitos de combalaria alternando con camelias rojas, le hablaba quedo. Rosálbez, que los miraba a hurtadillas, no pudo menos de exclamar:

—Pero Planelles, ¡qué poco come usted!

A lo cual contestó el conde:

—Es que me siento malucho del estómago...

Tan sencilla frase hizo estremecerse al banquero. Era exactamente la misma que él había pronunciado por la mañana, al invitar a Planelles, cuando proyectaba reservarse para la otra cena, íntima, en casa de Lucía, a las doce. Aquella singular coincidencia, no descifrada todavía, heríale, sin embargo, como chispa lumínica el pensamiento. ¿Quién averiguará por qué inmateriales hilos es conducida la leve sospecha que precede a la entera revelación de la verdad? No fué el protector apasionado de *la Cordobesa,* sino el padre de Fanny, quien calculó, fijando los ojos en los del futuro yerno:

"A mí con esas. Tú ayunas para guardar apetito. ¡Ah! Yo te vigilaré. ¿Buscas en mi hija el oro o el amor? ¡Cuidado conmigo!"

La impresión adquirió fuerza cuando, a pesar de que Fanny anunció que a media noche

justa, al dar las doce, serviría a los convidados una copa de Champagne para celebrar el Nacimiento, el conde manifestó que se retiraba.

Un cuarto de hora después que el conde, bajaba el banquero la escalera de mármol blanco, y saltaba en el primer coche de punto varado en la esquina. El simón destartalado se paró a la puerta de *la Cordobesa.* No acudió el sereno a abrir: Rosálbez le daba muy generosas propinas porque le dejase servirse de su llavín, sin oficiosidades importunas. Cruzó el tenebroso portal, y girando a la izquierda y encendiendo un fósforo, encontró la cerradura de la puerta del cuarto bajo.

Sufría una agitación honda cuando introdujo en ella el otro extremo del llavín. ¡Aún dudaba! ¿Quién sabe? Tal vez, como buena andaluza apegada a la tradición y creyente, *la Cordobesa* no había querido pasar la noche del 24 de Diciembre sin asistir a la Misa del Gallo, la más alegre y tierna de todas las misas.—¡Qué dicha esperarla en el cuartito forrado de felpa azul, y cuando regresase a la una, depositar en su regazo el estuche con las calabazas de perlas, el último capricho!—Giró la llave sordamente; el banquero sintió bajo sus pies la alfombra de la antesala. Dió luz al tulipán, y al mismo tiempo oyó que salía del comedor algazara y risa. De puntillas se coló en el ropero, que estaba a la derecha del pasillo; quería saber a qué atenerse: iba a ver, a saber, a cerciorarse de la infamia.—Del ropero se pasaba a un gabinete, y ya en éste, al través de una puerta vidriera, era

fácil distinguir cuanto en el comedor sucedía. Rosálbez se agachó, entreabrió las cortinas... Enfrente tenía a *la Cordobesa,* con mantón de Manila y flores en el moño; a su lado, Planelles alzaba la copa.

El banquero retrocedió; reclinóse en un sofá, y creyó que una mano le apretaba la nuez hasta asfixiarle. Era el desastre completo; era no solamente la burla para él, sino el desprecio de su pobre Fanny, de su hija. Las risas, las coplas, venidas del comedor, le azotaban como látigos. Se levantó; a tientas buscó la salida, y se encontró de nuevo en la antesala. Dejó la puerta abierta; en la calle tiró la llave al primer agujero de alcantarilla; y subiendo a otro coche, dió las señas de su palacio. Todavía estaban iluminados los salones; Fanny, en la antesala, despedía a los convidados. Cuando desaparecieron, Rosálbez se acercó a su hija, y cogiéndola de la mano tartamudeó:

—¡Valor! ¡No te sobresaltes!... Acabo de adquirir la prueba de que el conde de Planelles no te merece; de que es un miserable, que te engaña con la última de las mujerzuelas. Te lo juro; tu padre te lo jura, acaba de cerciorarse de ello, positivamente... Jamás consentiré que vuelva a poner los pies aquí.

Y Fanny, sin replicar, blanca como su traje, balbuceó:

—Entraré en las Reparadoras.

Rosálbez vió, mirando al porvenir, una larga serie de Navidades frías y solitarias, inmenso agujero tétrico en su existencia...